Eduardo Ortega Amorós

# Delito en la red

**Delito en la red**
Eduardo Ortega Amorós

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-17295-34-9

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2017 Eduardo Ortega Amorós
© 2017 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

# Delito en la red

*Este libro está inspirado por un gran hombre. Un hombre que participó en mi educación e hizo de mi alma algo importante. Gracias a él soy como soy, pues fue siempre para mí, un modelo de persona, de ser humano, de hermano, de padre. Así fue y así será el Padre Eduardo Perales, a quien dedico este libro en memoria de todos los ratos que pasamos juntos, hablando de lo divino y de lo humano. Nos dejó, un 7 de Junio de 2015, el mismo día que hizo su primera comunión mi hija mayor. Siempre supo elegir el momento y quizá esta vez viera que su misión se había cumplido. Un cristiano como ningún otro, dejaba espacio a un nuevo cristiano que empezaba su camino.*

# Prólogo

Caminaba despacio sobre las estrechas tablas mientras la ligera chaqueta de lana se le pegaba al cuerpo, empujada por la suave brisa de la mañana. No tenía frío a pesar de llevar debajo, tan solo un pijama de seda azul, porque la temperatura en esa época del año en Ávila, junto al embalse del Burguillo, era suave y agradable. Por esa misma razón, Laura había salido, tan solo con unas sandalias, a caminar a lo largo del embarcadero. Eran las ocho de la mañana de un martes y tocaba empezar un nuevo día laborable.

Ella tenía la suerte de no trabajar lejos de ese entorno en el que vivía. Árboles frondosos, pinos, almendros, castaños, un inmenso embalse que permitía aquella tibia brisa que relajaba los poros de su cara mientras cerraba los ojos y dejaba su mente vagar, y a pocos kilómetros, grandes montañas y picos nevados. Laura jamás se iría de allí. Había nacido para estar allí y disfrutar de todo aquello. Hacía meses que no pisaba una ciudad ni tenía intención de hacerlo a corto plazo. Tenía mucho trabajo allí y desplazarse no le reportaba ningún beneficio.

Irongames, la multinacional del videojuego le había enviado la versión beta del juego "Erising", que de momento Laura debía de probar. Tenía tres meses para hacerlo y se le antojaba poco tiempo. Pero el lanzamiento comercial estaba previsto para Navidad y no había más margen.

Laura, como ingeniera informática que era, se había especializado en seguridad para videojuegos e Irongames la había contratado como especialista. Como parte de su trabajo, Laura debía recorrer todas las fases del juego intentando violar su seguridad, mediante las infinitas formas que ella conocía, para finalmente valorar el nivel de seguridad alcanzado por el juego y realizar un informe final para la compañía. Para ello, la compañía no solo le mandaba el juego sino también las claves para pasar por todas las fases, ya que la dificultad de esos juegos se consideraba bastante alta y muy pocos eran capaces, tras innumerables horas de juego, de alcanzar el final del mismo sin aquellas claves.

Laura abrió de nuevo los ojos, cogió todo el volumen de aire que pudieron sus pulmones y fue soltando el aire mientras sus sandalias la llevaban de nuevo al interior de su casa. Se preparó un buen café, muy fuerte, el día iba a ser intenso, y encendió con un acto reflejo su portátil Motul, con procesador de ocho núcleos ultrarrápido y tarjeta gráfica de última generación que le permitía disfrutar de las mejores imágenes digitales en movimiento. Así, sí que se disfrutaban los videojuegos. Lo tenía conectado a una pantalla led de cincuenta y dos pulgadas, pues ya que tenía que probar el juego, ¿por qué no disfrutarlo?

Se acomodó en su sillón de pruebas, asegurándose de que el café le quedaba al alcance de la mano, apoyó sus pies sobre un almohadón gigante y apretó el botón del ratón sobre el ejecutable del programa.

Llevaba varias horas cuando decidió que tocaba descansar. Por muy interesante que fuera el juego, sus cervicales le requerían un descanso. En lo que llevaba de juego, no había conseguido encontrar aún puertas traseras de acceso al código. Esta vez los protocolos de seguridad de Irongames se habían puesto las pilas. En cuanto al juego, era uno más de batallitas como los llamaba Laura.

Se levantó, se estiró por completo como uno hace cuando se sabe en su casa, y se dirigió hacia la nevera. Este era el único handicap que le veía Laura a aquél trabajo, tenía la nevera demasiado cerca. Esta vez cogió un yogur desnatado y se sentó a comérselo en la mesa de la cocina. Allí abrió su tablet y empezó a navegar por las webs de noticias que habitualmente frecuentaba. Así estuvo gastando una media hora hasta que se aburrió de leer noticias malas y volvió a su trabajo.

Había pasado ya las seis primeras fases del juego y había matado ya a no sabía cuántos demonios azules, otros tantos rojos, dos gorilas gigantes y cientos de esqueletos andantes. Aún así, se veía atascada en la fase siete porque, aunque el manual mencionaba una calavera en el lado izquierdo de la pantalla, no se veía ninguna, y había que dirigirse hacia allá y recogerla para ofrecérsela al gran Ra y que te abriera la puerta de los malditos. A Laura le faltaba la calavera y ya le habían matado demasiadas veces para no haberla visto. Volvió a leer el manual y las claves y no encontró nada nuevo. Volvió de nuevo al juego y mientras su personaje avanzaba por los pasillos, comenzó a teclear las teclas F1, F2,... , de forma secuencial hasta que llegó al F8. Al no mirar el teclado, apretó simultáneamente F7 y F8 y en ese momento la pantalla se puso negra y un cursor apareció en el lado izquierdo. Laura se sonrió, había pescado algo.

Empezó a teclear comandos y se fueron abriendo pantallas de códigos. A la vez que tecleaba, realizaba anotaciones en un cuaderno que se había dejado justo al lado del sillón esperando ese momento. Aquél software beta no podía salir así al mercado y esto no le iba a gustar a quien ella sabía, porque para la campaña de Navidad ya no llegaría. Pero ese no era su trabajo, su trabajo era descubrir agujeros de seguridad en el software que permitieran copiar los juegos o modificar su código o manipular su contenido y ponerlos de nuevo en el mercado, atacando directamente al juego, a la marca y a la compañía. Esta vez, no necesitaría los tres meses de pruebas. En una semana tendría listo el informe.

Había estado volcando parte del código a su disco duro como parte del informe, de manera que pudieran sus superiores valorar el daño potencial que aquél software pudiera haber ocasionado. Había copiado en total tres secuencias de código que imprimiría e irían junto al informe en el sobre de vuelta. Ya no miraba la pantalla, estaba escribiendo sobre su cuaderno y no era consciente de la transformación que estaba sufriendo la imagen. El código había desaparecido y en su lugar se dibujó una mano abierta con los cinco dedos separados. Laura levantó poco a poco la cabeza cuando el rabillo de su ojo detectó un cambio en la tonalidad de la pantalla. Justo cuando terminó el recorrido y su cara estaba frente a frente con la pantalla, la mano se cerró de golpe y un mensaje de "game over" quedó escrito en ella.

Laura notó como un vacío dentro de ella, como si le hubieran quitado el alma. Estaba totalmente paralizada y notaba como los pelos de la espalda se le erizaban. No sabía qué era lo que había ocurrido pero no podía ser nada bueno. El ordenador se apagó de golpe él solo y aunque lo intentó de varias formas, no volvió a arrancar.

Había perdido el ordenador... y los códigos.

# Capítulo 1

Era increíble como había seres humanos capaces de hacer aquello. El corazón me daba un vuelco cada vez que aquél acróbata realizaba un salto mortal sobre una rueda de acero en movimiento. A mis hijas les pasaba lo mismo y podía escuchar sus ¡ay! y notar como la pequeña Tami me apretaba el brazo. Parecía que habíamos acertado con aquél espectáculo navideño. Luego iríamos a merendar a la chocolatería donde el éxito también estaba asegurado.

Salimos del circo y las niñas no paraban de hablar de lo que habían visto, de si esto se hacía así o asá, de si era más guapa una u otra,… se las veía encantadas. Y yo estaba también muy contento por ello.

— Y ahora a tomar chocolate, ¿verdad? — dijo Tami tirándome del brazo

— No sé, no sé, ¿qué pensáis? — dije haciéndome el interesante

— Papá, sabemos que sí porque nos lo has dicho antes — dijo mi hija Sara, la mayor. A ésta ya no se la podía engañar. Tenía los nueve años más listillos que había visto nunca. Pero me la comería aún. Estaba en esa edad en la que no sabes si te los puedes comer todavía o ya hay que tratarles casi de usted.

— Venga va, vamos a coger el coche que los churros ya están friéndose. Agárrate bien a mamá.

Recorrimos los veinte metros que nos separaban de la entrada del parking y entramos en él. Justo cuando podría haber perdido la cobertura, sonó el teléfono.

— ¿Sí dígame?

— ¿Eduardo Marto?

— Sí, soy yo.

— Cómo estás soy Declan, ¿te acuerdas de mi?

Miles de imágenes pasaron en cuestión de milisegundos por mi mente, devolviéndome a un año atrás cuando Declan y yo participamos en la desarticulación de una banda terrorista que operaba sobre la red de telefonía móvil. Yo era entonces un simple coordinador de la oficina de operador de red en la empresa Huigan, y actualmente seguía siéndolo, porque no había vuelto a saber de Declan Mathews, agente de la Europol, desde entonces.

— ¡Declan! — dije sorprendido — Como olvidar las veces que estuve amenazado de muerte, ¿cómo estás?

— Bien, liado como siempre, pero bien. ¿La familia?

— Pues bien también. Aquí estamos yendo a tomar un chocolate, si te pilla cerca la calle Atocha...

— Uy, por poco, solo estoy en Dublín. No sé si para cuando llegara aún quedaría chocolate.

— No con estas dos hijas que tengo, no te quedaría nada seguro.

— Oye, estoy trabajando en algo un tanto complejo para mí... y necesitaría tu consejo.

— ¿Un agente de la Europol necesita de nuevo mi consejo? Deberíais revisar vuestro plan de formación. Creo que hace aguas por alguna parte.

— Sabes que lo nuestro son las drogas, asesinatos, prostitución, esas cosas de toda la vida, pero cuando los casos tratan de nuevas tecnologías y cyber—crímenes nos perdemos. Por eso me quedé con tu teléfono. ¿Podemos hablar hoy en algún momento?

— Bueno, si no tienes horario, supongo que sobre las once estaremos ya en casa. Te llamo entonces y me cuentas.

— Genial. Hablamos entonces, gracias.

— No sé, no sé, me deberás una cerveza Guiness, lo sabes, ¿verdad?

— Las que puedas tomarte de una sentada. Eso está hecho, llámame no te olvides.

— Que no...

Declan soltó una carcajada antes de colgar. Era una buena persona.

Cogimos el coche y salimos hacia la calle Atocha. Allí había una chocolatería de las de toda la vida y cerca de ella una pequeña plaza peatonal con puestecillos navideños. Era un entorno muy agradable aunque en esas fechas la cantidad de gente que deambulaba por allí estropeaba enormemente la vista global de toda la escena.

Aparcamos de nuevo en un parking y salimos a la superficie justo enfrente de la chocolatería. Enseguida mi hija Tami, salió corriendo para llegar la primera. Llegamos todos a continuación y elegimos una mesa cerca de la ventana, desde la cual podíamos ver también los puestos y la escena navideña que habían creado los vecinos de la zona.

Yo ya me había descentrado totalmente y la tarde se me estaba antojando enormemente larga y vacía de interés. Estaba allí porque era una promesa hecha a mis hijas y porque mi mujer quería pasear entre los puestos a ver qué descubría. Siempre nos había gustado el rollo del mercadillo pero yo tenía la cabeza en Dublín. Si Declan me llamaba era porque tenía un caso que resolver y me tenía intrigado el qué. Después de un rato largo intentando entender lo imposible, porque no tenía ni un solo dato, Raquel, mi mujer, me dio un golpe en el hombro.

— ¿estás con nosotros o dónde estás?

— En Dublín — le confesé mientras soltaba un suspiro — tienes razón, perdona pero la llamada de Declan me preocupa.

— ¿Y tienes que hacerlo? — me miraba preocupada ahora — recuerda que la última vez casi...

— Me salvó la vida, Raquel y solo quiere hablar conmigo para ayudarle con una información. No puedo no escucharle.

— Ya, esperemos que sea solo eso. Al menos disfruta este momento. Ya lo arreglarás en casa. Te prometo que me doy una vuelta rápida y nos vamos.

— Sí, vale — la dije intentando tranquilizarme

— Pero estate pendiente de las niñas, que yo vuelvo en un rato.

— Que sí, venga tira, nosotros nos quedamos en la churrería. Te esperamos aquí.

Nos separamos y a partir de ahí, ya no volví a pensar en ello. Mis hijas se encargaron de no dejarme ni un solo respiro.

A las diez y media estábamos de vuelta en casa. Las niñas y Raquel se metieron en la cocina y yo me encerré en el despacho. Me senté en el sillón y empecé a dar vueltas con el teléfono en la mano. Finalmente, me llené de valor y marqué el número de Declan.